

BOLETIN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas: para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XV.

MADRID 15 DE NOVIEMBRE DE 1891.

NÚM. 354.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

El utilitarismo en la educación, por D. Leopoldo Alas.

ENCICLOPEDIA.

El lenguaje, por Sanz del Río.—Teoría de la opinión pública, por Röder.

INSTITUCIÓN.

Noticia.—Libros recibidos.

PEDAGOGÍA.

EL UTILITARISMO EN LA EDUCACIÓN,

por D. Leopoldo Alas,

Catedrático de Derecho natural en la Universidad de Oviedo.

Pertencen los párrafos que siguen al discurso leído por el Sr. Alas en la apertura del presente curso, y nos mueve á reproducirlos, no solo el interés pedagógico del problema á que se refieren, sino, también, la conformidad de muchas de las ideas que el autor sustenta con otras expuestas y defendidas de antiguo en el BOLETÍN. El Sr. Alas, cuyo nombre literario está por todos reconocido, es también uno de los primeros profesores de ciencias jurídicas que han escrito en nuestro país sobre Filosofía del Derecho con mayor competencia y hondo sentido. Júzguese, con este precedente, de los grandes servicios que puede prestar á la educación nacional, dedicando su inteligencia al estudio de las cuestiones que ella suscita.

En cuanto al discurso mismo, se podrá disentir de alguna de sus afirmaciones; pero en ningún caso del elevado espíritu que lo anima y que por modo notable se revela ya en la introducción, página quizá la más hermosa, por lo sentida é íntima, para cuya lectura remitimos á la edición especial que de su discurso ha hecho el Sr. Alas, puesto que la falta de espacio y la necesidad de concretar la reproducción á los puntos que más directamente

tocan al problema indicado en el título, nos vedan, con harto pesar nuestro, copiarla.

Veamos, ahora, lo que el Sr. Alas dice de el utilitarismo en la educación.

I.

Si queremos dar un nombre á la tendencia que predomina, en cuanto á la conducta racional se refiere, en los pensadores y publicistas que pretenden representar el movimiento de la civilización, según su genuino carácter en la actualidad, podemos valernos de la palabra escogida por un crítico inglés para señalar lo que estimaba un prurito excesivo de su país: podemos decir con Matthew Arnold que es el *utilitarismo* lo que da el tono á la corriente general de la vida moderna, en opinión de tales escritores y sabios, que sabios son muchos de ellos. Mas hay que tener en cuenta que, así como el parlamentarismo, en cierto sentido, hoy significa los abusos y excesos de un sistema político, así el utilitarismo, que para un Bentham y para un Stuart Mill es un título de gloria, la palabra santa, pudiera decirse, significa en la acepción en que Matthew Arnold la emplea y á que yo me refiero, algo que supone también abuso, exclusivismo, limitación y decaimiento. El utilitarismo, como en cierto sentido el parlamentarismo, nació inglés; pero después pueblos y más pueblos lo copiaron y hoy toma un aspecto de universalidad que á muchos engaña y les hace creer que es cosa que está en la atmósfera de todas las naciones, un producto natural del tiempo.

Se habla mucho, y es verdad en ciertos límites, de que los franceses pretenden representar en su vida nacional todo lo esencial de la cultura moderna; se dice que para los franceses su siglo son ellos, su país el mundo; y aún se añade que esta vanidad los lleva á desdeñar y á ignorar todo ó casi todo lo que pasa, é importa, más allá de sus fronteras. Pero si todo ello es verdad, no exagerándolo, no lo es menos que, dentro de la misma Francia, no falta quien advierta con repetidas admoniciones la realidad y los peligros de tal error, de tal enfermedad del espíritu francés,

puede decirse; y por lo que toca á los demás pueblos de civilización adelantada, si la imitación y casi exclusivo estudio de todo lo francés predominó en tal ó cual época, y aún predomina entre ciertos elementos intelectuales, lo que es la que pudiera llamarse aristocracia de la cultura en cada país, ya no vive bajo tal prestigio; y más bien es moda, y como indicio, ó apariencia á lo menos, de saber mucho, desdeñar y hasta compadecer un tantico á los franceses y volver los ojos... casi siempre del lado de Inglaterra. Y esos mismos escritores y maestros de París que advierten á los suyos que deben ser humildes y estudiar lo de fuera, casi siempre coinciden también con ese culto racional que se rinde por la flor y nata de la inteligencia en toda Europa, y gran parte de América, á los ingleses. Dios me libre de creer, y más de decir, que no merece esa predilección general Inglaterra; creo firmemente que, en lo más, la ha conquistado con armas de buena ley, con sus propios méritos; mas lo que digo es que ni en política, ni en pedagogía, ni en filosofía, ni en costumbres, deben prescindir los demás pueblos de su espontaneidad, de lo que les es propio, ni tomar por bueno todo lo inglés, cuando en la misma isla no falta quien censura y hasta pone mote á tendencias y cualidades que el continente admira, imita y hace objeto de apologías sin cuento. ¡Cosa extraña! Jamás ha faltado en Inglaterra misma, donde efectivamente hay de todo, alguna personalidad insigne que nos avisara de los peligros de ciertas grandezas insulares que vistas de lejos nos pasmaban.

Más diré; algunos extranjeros que han estudiado á Inglaterra de cerca, con tal ó cual propósito particular, por ejemplo, este que hoy nos importa, el pedagógico, han comenzado sus informes cantando himnos de incondicional alabanza, y la fuerza de la sinceridad los ha llevado á concluir consignando rasgos de la vida inglesa en el orden respectivo, que no eran dignos de envidia ciertamente, ni merecían imitarse. Así, por ejemplo, el profesor Viese, de Berlín, que estudió la educación y la enseñanza inglesas por sus propios ojos, y publicó después, como resultado de sus observaciones, una obra importantísima, que los mismos ingleses tradujeron y meditaron, Viese, que admira en general la educación británica y la coloca muy por encima de la alemana, al señalar los defectos de las instituciones y costumbres que examina pone bien en claro, tal vez sin parar mientes en toda la fuerza de su testimonio, el aspecto triste y antipático que sirve de contrapeso á tantas excelencias. Y Gabelli, el ilustre pedagogo italiano, que en su admirable libro acerca de *La Instrucción en Italia*, publicado este verano, copia con deleite páginas y más páginas del anglófilo alemán, después de hacer consistir casi, casi, la

reforma útil de la enseñanza en la imitación de los ingleses, cuando más adelante llega á hablar por propia cuenta y más atento á su gran experiencia y claro juicio que á sugerencias forasteras, viene, á mi entender, á contradecirse un poco al buscar las cualidades que propiamente debe anhelar el pedagogo italiano para la enseñanza en su tierra. El entusiasmo de Aristides Gabelli por la instrucción y su método, según los ingleses, podría templarse un poco leyendo, ó recordando si lo había leído, lo que acerca de los resultados de esa enseñanza escribe otro testigo de vista, Mr. Texte, en un trabajo acerca de *La cuestión del latín en Inglaterra*, del cual hemos de hablar más adelante. Y aún más que las atenuaciones del entusiasmo á que obliga lo observado directamente por José Texte, importa el testimonio de ilustres autores ingleses, por el mismo citados: por ejemplo, el del insigne Freeman, que declara que, durante su carrera, los exámenes no le han servido para hacerle leer más que un libro útil, la *Ética de Aristóteles*. Y añade Freeman que no ha comenzado á *trabajar*, en el verdadero sentido de la palabra, hasta después de dejar atrás su último examen.

II.

No sería difícil demostrar, y pocos habrán que lo nieguen, que el positivismo, como filosofía, aunque se bautizó en Francia, es de origen inglés; en rigor, el positivismo, aparte de lo que tiene de herencia de empirismos antiquísimos, nació en aquella comunión filosófica de unos pocos sabios ingleses que se juntaban á renovar el sensualismo de ilustres patriotas suyos, comunión intelectual que nos describe magistralmente Fouillée al historiar los antecedentes de la idea inglesa del derecho. No cabe duda: el positivismo, en lato sentido, como el utilitarismo, en cuanto criterio para la vida, representan el espíritu práctico inglés, su prurito de finalidad inmediata, que también nos pinta Taine cuando estudia, con motivo de Stuart Mill, los caracteres generales del genio inglés en su filosofía, en comparación del alemán y del latino. Pues bien, el recuerdo de lo que dice ese Taine, al cual parece que también es moda para algunos olvidar ó tener ya en poco, ese recuerdo debía bastar para advertir á muchos pedagogos teóricos, más ó menos improvisados, que no cabe proclamar como fin y tendencia natural y lógica de toda la civilización contemporánea lo que puede ser á lo sumo temperamento especial de una gran nacionalidad, carácter de una raza. Porque es de advertir que el argumento más serio, más importante, el que sirve de quicio á los más para pedir en la enseñanza la reforma anti-sentimental, que llaman algunos, la derrota del

ingenio, de la retórica, de las humanidades y de la idealidad, la abolición del *mandarinato* europeo nacido de las aulas, el argumento Aquiles, es el utilitarismo, ó sea, la universalización de algunos caracteres del genio inglés, que si le dan positivas ventajas por muchos respectos, en otras relaciones le limitan. Pero el utilitarismo inglés, que tiene su explicación histórica y sus ventajas parciales constantes, si debe legítimamente influir en la vida moral, y aun material, de otros pueblos civilizados, también debe dejarse influir por elementos sanos y racionales que en otras partes nacen naturalmente y progresan y crean instituciones y tendencias que son ornato y gloria de la vida moderna. Así, por ejemplo, en esta materia pedagógica, mejor que alabar sin medida todo lo inglés, será distinguir y reconocer que, en cuanto á la instrucción de la juventud se refiere, los alemanes les sacan ventaja, mientras en el propósito educativo el país británico lleva la palma, aunque á mi juicio con ciertas reservas.

Concretándome á lo que á mi asunto importa, diré que he notado que muchos modernísimos tratadistas, particularmente franceses, escriben de estas materias pedagógicas con absoluto abandono de todo respeto que no sea el nacional; para ellos parece que no hay más criterio que aquel expresado por Napoleón I, cuando se quejaba en Santa Elena de que M. de Fontanes no hubiese sabido apreciar su concepto de la instrucción pública. Al crear la Universidad, decía, se había propuesto que la ciencia quedase relegada á un lugar secundario y que se atendiera ante todo «*aux principes et à la doctrine nationale*» (1). También algunos escritores modernos quieren que ante todo la enseñanza pública les sirva para preparar desquites políticos y hacerse respetar, como potencia, en el extranjero. No es extraño que coincidan con Napoleón estos partidarios del utilitarismo nacional exclusivo; Bonaparte, que despreciaba la ciencia y la miraba, no ya como *ancilla Theologiae* siquiera, sino como servidora de los intereses nacionales, era el mismo que, en un momento de mal humor, expresaba el deseo de arrojar al agua á todos los metafísicos. Algo así viene á hacer, en lo que de él depende, M. Frary, el discreto, pero temerario autor del famoso libro titulado *La cuestión del latín* (2), que hace seis años se publicó, produciendo un gran estrépito, que algunos calificaron de escándalo. Raoul Frary opina que Fichte, Schelling y Hegel con sus lucubraciones dialécticas

no hicieron en rigor más que perder el tiempo. Esto viene á ser como echar al agua á los metafísicos, en la medida en que puede hacerlo un periodista de París sin mero ni mixto imperio. Para él tampoco hay que atender más que á formar, por lo pronto, ciudadanos, estaba por escribir soldados, que sirvan para recuperar la Alsacia y cosas por el estilo. Santa es, sin duda, toda patria, aunque no sea la nuestra, y respetables todos los sentimientos que á ella se refieren; pero yo estimo que ni á la patria misma se sirve del mejor modo supeditando al interés de una próxima campaña, ó por lo menos de una emulación internacional, cosa tan alta y tan constante y pudiera decirse perdurable, como es la educación y cultura intelectual de los pueblos. Mucho más patriótico que el famoso libro de Frary es, á mi juicio, el de M. Bréal, por lo mismo que es más prudente, más sereno, mas técnico, menos revolucionario en la apariencia y más en el fondo; y por cierto que para dar sanas lecciones á sus compatriotas no necesita el sabio profesor del colegio de Francia recomendar ante todo la geografía y la lengua inglesa, el desprecio de la idealidad, el amor de las riquezas y otros platos fuertes de epicurismo moderno; antes prefiere ganar camino respetando lo respetable.... y tomando lecciones de esos mismos alemanes, á quien él también supongo que desearía vencer en toda clase de contiendas.

No habéis de extrañar que tantas palabras dedique á la obra de Raoul Frary; aun he de hablar de ella más adelante varias veces, al tratar una y otra cuestión concreta; y he de confesar, que mucho antes de nombrar este libro á él estaba aludiendo, casi desde el principio, si bien no á él solo. De las tendencias que representa, y que yo combato, es la obra de más relieve publicada en estos últimos años, la que más ha llamado la atención, seguramente, y una de las que merecen más detenido examen, porque no cabe duda que el autor tiene talento y sabe no poco; aunque no sea, en mi concepto, un verdadero escritor de pedagogía teórica como el citado Bréal, ni como Gabelli, también nombrado.

Aristides Gabelli, que es, en concepto del insigne Pascual Villari, el más notable pedagogo que ha existido en Italia (1), es todo un pensador y un hombre práctico, sin necesidad de desdeñosos positivismos: es un ilustre iniciador y reformador á quien Italia debe, merced á sus escritos, á su administración y á sus consejos, oídos por ministros y secretarios generales, grandísima parte de los adelantos en la instrucción pública. Pues bien,

(1) M. BRÉAL: *L'Instruction publique en France*.— 5.^a edición.—París, 1886.

(2) *La question du latin*, por RAOUL FRARY.—París, 1885.

(1) Acaba de morir, poco después de leer su discurso el Sr. Alas.—*N. de la R.*

este hombre ilustre, que ha demostrado su amor á Italia consagrándole su vida, llena de sacrificios, también aspira en sus estudios pedagógicos á mejorar la patria, pero no en son de guerra contra nadie, no en lucha sangrienta, no preparando ante todo generaciones que venzan á otros pueblos, ó por las armas, ó en la no menos terrible lucha por la existencia, material, egoísta. No reniega del ideal, como no reniega ningún buen pedagogo moderno; más bien se burla discretamente, y hasta cierto punto, de un gran cañón que en el concurso internacional de Viena figuraba en la galería italiana entre los objetos pertenecientes al ramo de instrucción pública. Este cañón, tan mal colocado, paréceme un símbolo de libros como el de M. Frary y de muchos discursos y artículos escritos modernamente con ese mismo criterio. Gabelli quiere la enseñanza reformada, progresiva, no para comparar á Italia con otras naciones, sino porque siendo un pueblo que ha conquistado política, formalmente, su soberanía, no podrá decir que es libre de veras hasta que *se libre* de su propia ignorancia, hasta que *se libre* de la rutina.

La idea del progreso es salvadora, la idea de la evolución es muy probable y sugestiva; pero, mal entendidos, evolución y progreso engendran un falso concepto de las leyes biológicas, que es preciso rechazar, porque en pedagogía como en todo dan de sí teorías absurdas de desdén y hasta menosprecio de lo ya vivido, de la historia santa, que es, después del ideal anhelado, lo más poético y, antes de todo, lo más sagrado. Tal vez á los hijos se les quiere más que á los padres; pero la veneración mayor es para estos, y de estos vienen las más saludables enseñanzas. La gran experiencia de los siglos nos mira callando, desde los sepulcros. ¿Qué es lo que podemos inventar y preparar para mañana, nosotros, generación efímera, comparado con todo lo que nos han hecho saber las penas, los trabajos y también las glorias y las alegrías de los siglos muertos? Y entre estos siglos y entre estas razas, de cuya experiencia humana es heredera nuestra precaria sabiduría, hay razas y hay siglos á quienes debemos lo más y lo mejor de lo que somos; y contra esos tiempos y contra esos pueblos, sin embargo, se revuelve principalmente el furor de los que quieren acabar con todo lo que no sea preparación urgente para la carrera de comercio y otras especiales, todas ellas de próximo lucro: porque, M. Frary lo repite, lo primero es hacerse rico.

Muchas atenciones merecen á M. Frary las lenguas modernas, la inglesa, es claro, principalmente, mas por un fin de utilidad material, ante todo; así al recomendar, en cuarto ó quinto término, el español, lo hace más que por nada, porque los escritores y

otros industriales de París tengan en nuestra América española un gran mercado para sus novedades, ya sean pedagógicas, ya mercantiles, ya del orden que se quiera. Y, sin desdeñar la historia, M. Frary llega á la geografía y allí se encanta, porque para él, que no sabe qué puede importarles á los bolsistas, ni á los cosecheros, ni á los comisionistas, lo que pensó Aristóteles, lo que cantó Virgilio, qué fueron Grecia y Roma, estas dos *madres* de nuestro pobre espíritu... vulgar, eso sí, de nuestro espíritu moderno; para él, hasta los bolsistas, los cosecheros y los comisionistas necesitan hacerse cargo de cómo va un mundo formándose y pereciendo, sin sacudidas ni cataclismos, por la labor acumulada del insecto y de la gota de agua. En lo que dice al alma la formación de las dunas, encuentra el escritor francés más enseñanzas y más poesía que en todo lo que pueden decir los clásicos y la vida de romanos y de griegos. M. Frary llega hasta aconsejar á algunos el estudio del annamita, del chino y del japonés; todo, antes que latín y griego. ¿Son estas puras extravagancias? No, todo responde á un sistema; el utilitarismo nacional: es decir, la *colocación* rápida y segura de todos los franceses que no tengan concluída la carrera y asegurado el pan. En suma, M. Frary, extremando su tesis, llega á incurrir en el mismo lamentable error, que dió ocasión en esa Inglaterra tan admirada, á una protesta que publicó la revista *The Nineteenth Century*, y que fueron los primeros á firmar hombres como el citado Freeman, Federico Harrison y el ilustre Max Müller; protesta en la cual se levanta un grito de indignación contra el mal, tan generalizado en estos últimos años, de mirar la ciencia como un medio de conseguir puestos, de hacer carrera, de lograr con los exámenes adquirir, no sabiduría, sino títulos oficiales para dedicarse á la ganancia.

III.

Ni la vida es para la utilidad empíricamente considerada, fuera de toda finalidad metafísica, ni la enseñanza es directamente para fin alguno ajeno á ella misma. Así como el arte solo llega á ser útil á otros fines si primero se le deja ser quien es, solo arte, así la ciencia solo da sus frutos de bien individual y social cuando se cultiva ante todo por ella misma.

La influencia beneficiosa del saber en todas las demás esferas legítimas de actividad humana es infalible, pero no ha de violentarse; no ha de profanarse con exigencias que lo más que pueden conseguir es tomar por ciencia un artificio. Por ser así indirectas estas ventajas reflejas, puede decirse, de la enseñanza, cuando se cultiva por ella misma, es muy atinada la observación de M. Bréal cuando dice: «Las cualidades que la enseñanza cien-

tífica da á una nación se sienten más bien que se definen, y más fácilmente se nota su necesidad cuando faltan, que se describen sus ventajas, sin caer en la vulgaridad».

Pero es el caso que la ciencia considerada así, y la enseñanza vista con tal carácter, exceden del criterio que lógicamente puede adoptar el utilitarismo, porque esto de saber por saber es pura idealidad. Una idealidad que se remonta á los tiempos oscuros de Salomón. Para muchos, las palabras del *Eclesiastés* tienen que ser de pura sabiduría; mas aún para el que en menos las estime, tienen que ser dignas de meditación y revelar un hondo sentido.

No faltará acaso quien encuentre hasta poco serio, por lo menos poco académico, que se empleen tantas páginas en fortificar una doctrina con textos antiquísimos, tratándose de una cuestión de actualidad palpitante, como suele decirse. Para satisfacer á quien muestre escrúpulos de este género, voy á saltar á lo más moderno que cabe, á un libro póstumo del malogrado filósofo francés Guyau, uno de los más ilustres representantes de cierta juventud de ahora que se encamina con mucha ciencia, mucho corazón, mucha sinceridad y mucha prudencia al descubrimiento de la filosofía nueva, que para muchos ha de ser una metafísica, sin ser una reacción metafísica. De estas pléyades interesantes, que ofrecen en todos sus hombres ciertos caracteres típicos, como son el respeto á la verdad, primero de todo, pero también el amor á lo tradicional, el cultivo del sentimiento, como *dato* para el conocer mismo, el cultivo de la estética y la atenta reflexión de las ideas generales, sin dejar el trabajo asiduo de lo particular, del pormenor interesante (1); de estas pléyades de sabios jóvenes, esperanza de un porvenir mejor que el presente, digo que tenemos ejemplares en España, por fortuna, aunque solo fuera mi queridísimo condiscípulo, el insigne y admirable Menéndez y Pelayo. Pues bien, este Guyau, que viene á ser un santo de la filosofía, dejó, entre sus escritos, un libro, titulado: *Educación y herencia* (2), que se publicó el año pasado bajo la inspección de un ilustre maestro del autor, M. Fouillée. Guyau declara que la inspiración en el propósito educativo debe ser, lo mismo que yo he dicho, idealidad; y para él, basta con demostrar que un precepto pedagógico obedece al *utilitarismo*, para creerlo condenado. Lo principal en la educación del pensamiento no es para Guyau el aprender por saber muchas cosas, por tener datos, y menos por sacar utilidad

material, ventajas para el egoísmo; sino el despertar la propia reflexión, la iniciativa de la investigación con un propósito desinteresado (1). Mas ya se verá concretamente la idea de este filósofo respecto al *desinterés* de la instrucción y de la educación, cuando haya que recordar su doctrina en las dos cuestiones particulares que me propongo tratar brevemente en este discurso, después de haber considerado en general esta materia de la tendencia utilitaria en la enseñanza. No citaré por ahora más que algunas palabras suyas: «No hay que recomendar á los niños el bien moral por la utilidad que reporta, sino por su *belleza*», es decir, por su elemento ideal, desinteresado. Y en otro pasaje dice (2): «Por conocimiento *de lujo*, no entendemos de ningún modo las *altas* verdades y los principios especulativos de las ciencias, las bellezas de la literatura y de las artes; este pretendido *lujo* es cosa necesaria á nuestros ojos, porque es el único medio de elevar (*y educar*) los espíritus; de moralizarlos *por el amor desinteresado de lo verdadero y de lo bello*. Hay, pues, que distinguir en la enseñanza los conocimientos tenidos por no *utilitarios* y los conocimientos *inutilizables*; esta distinción es capital, pues la instrucción debe elevarse muy por encima de lo utilitario, de lo usual, de lo rastrero.....»

Y dejándome ahora de autoridades antiguas y modernas, para concluir esta parte general de mi trabajo que sirve de principal y previo argumento para las cuestiones particulares que vienen detrás, voy, en resumen, á combatir de frente y con la concisión que pueda, la idea capital del utilitarismo pedagógico, que se escuda con el amor de la patria.

El utilitarismo nace del egoísmo, y cuando se extiende á todo lo nacional debe llamarse *egoísmo nacional*, como en efecto lo llama Ihering refiriéndose al pueblo romano, á quien compara, desde este punto de vista, con el pueblo inglés. Para Ihering, el egoísmo nacional es una gran fuerza y no tiene el carácter bajo y repugnante del egoísmo individual. No cabe negar que el egoísmo social, sea del grado que sea, no ofrece tan visible ni tan grave corrupción moral como el egoísmo del individuo; pero es porque está mezclado con elementos de los que se llaman ahora *altruistas* ó de abnegación, que pudiéramos decir. No es el egoísmo nacional tolerable por lo que tiene de egoísmo, sino por lo que tiene de sacrificio, cuando lo tiene, á un bien superior de una sociedad, aunque sea limitada. Pero obsérvese que todavía hay grandes males en ese egoísmo social: primeramente, tiene la levadura del egoísmo individual que en cierto

(1) Véase *Le nouveau mysticisme*, por F. PAULHAN.—Paris, 1891.

(2) GUYAU: *Education et hérédité*.—Segunda edición.—Paris, 1890.

(1) M. Paulhan estudia esto, en su libro citado, con el nombre de *Cooperación en la enseñanza y la educación*.

(2) Libro citado, pág. 126.

modo le acompaña, pues ¿por qué *amamos exclusivamente* esta nación y se lo sacrificamos todo? Porque es la nuestra. Yo veo en el bien de mi nación la razón suprema de obrar, porque es la mía; por este lado, no tenemos más que el propio egoísmo, agrandado. Y muchos así entienden y sienten el patriotismo. Alaban á su país por lo que se les parece, porque en él están los propios intereses y las propias vanidades. Además, la mayor parte de las veces, lo que sacrifica el egoísmo nacional á su nación no es lo suyo, sino lo ajeno. Se la quiere grande á costa de otras naciones, para vivir mejor, para *poder* más en la parte alícuota de soberanía y prosperidad pública que á cada cual le corresponda.

Y en rigor así hacen ordinariamente los que se crían para *utilitarios nacionales*. Solo diciendo: primero la idea, Dios, después la humanidad, después la patria, yo lo último, hay autoridad racional para sujetar al egoísmo natural, verdadero, al más terrible, al más cierto, al de la bestia ángel de Pascal. Porque, señores, es muy fácil predicar el odio ó el desprecio, que es peor, de la idealidad; decir, como M. Frary, que hoy por hoy no se puede fundar el motivo de la moralidad más que en el hábito, y después proclamar el utilitarismo como regla de conducta, pero advirtiéndole que se trata, no de nuestra utilidad personalmente, sino de la utilidad de un grupo étnico, ó de una aglomeración histórica de *gentes* ó de *tribus*. Lo difícil es que la realidad después responda á lo que se exige de los hombres, á quienes se manda sacrificarse á la nación, no por nada, sino por *hábito*; y esto, contradiciendo y venciendo los instintos propiamente egoístas, que también tienen su valor hereditario.

El utilitarismo es, en definitiva, el goce; pero el utilitarismo social, ó aunque fuera cosmopolita, es el goce que exige el sacrificio del individuo para que, en definitiva también, no goce nadie. Sin duda que la persona social es algo más que una suma de sus componentes, pero no hay nada en ella que no sea de la sustancia de los elementos simples que la componen. Así lo ha entendido el cristianismo, que, siendo ante todo una gran preocupación individualista, la salvación del alma, ha formado la sociedad más fuerte, como tal, que ha existido en el mundo. La ciudad antigua que sacrificaba el hombre al pueblo ha desaparecido, y el cristianismo, que emancipa al hombre, ha llegado á ser un tejido social, cuya resistencia sin semejante es innegable. El utilitarismo, para lograr la dicha material, tangible, por decirlo así, de un ente de razón, en lo que se refiere á *gozar*, mutila al hombre, le roba lo mejor de su herencia, desconoce su naturaleza. Si queréis tener buenos ciudadanos, no volváis á la idea pagana del ciudadano

fraccionario; no hagáis del altruismo una hipocresía, y educad al que ha de servir á la patria, no como un soldado, ni como un industrial, sino, ante todo, como un hombre. Y, si amáis la democracia verdadera, no olvidéis que todos los hombres merecen que se les tome por hombres del todo; porque no hay unos que sean cuerpo y otros alma: todos tienen esto que llamamos espíritu, todos tienen facultades que responden á necesidades nobles; y si hay que reconocer que á un Dante, á un Leopardi, á un San Francisco de Asís, á un Beethoven, á un Göthe, no se les podría hacer felices solo con mucha agricultura, mucho comercio y buena administración, debemos ver en cada semejante un espíritu capaz de encaminarse por los mismos senderos de perfección, que elevarían sus gustos, que ennoblecerían sus anhelos. No seré yo quien diga que se enseñe griego á los capataces de minas, v. gr.; pero sí afirmo que si pudiera llegar á existir una sociedad tan rica, tan adelantada, en que los capataces de minas, y todos los hombres de su clase, tuvieran tiempo y cultura suficientes para leer con fruto la *Iliada* y la *Odisea* en el original, nada se habría perdido, y no sería contrario al destino racional de esos hombres que emplearan sus ocios en tal género de recreo.

No lo dudemos: el individuo no vive de utilitarismo; el individuo cree, ó padece dudando, ó se desespera y niega, ó niega sin dolor, por enfermedad del espíritu, ó por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad *negativa*, pero no menos idealidad. Hay que insistir en esto: todos los adelantos modernos, todas las doctrinas sensualistas y positivistas, toda la preponderancia económica, no han hecho del hombre un sér diferente de lo que era: un sér con espíritu racional, para quien, satisfechas ciertas elementales necesidades económicas, lo principal es vivir para el alma, de una ó de otra manera.

Nada menos que todo lo dicho, y acaso más, se necesita, en mi opinión, para llegar con sólidos fundamentos, á estudiar cualquiera de las múltiples cuestiones que el empirismo moderno gusta de tratar desordenadamente y por ocasión extraña á todo sistema, lo mismo en materias pedagógicas que en otras muchas. Es claro que el criterio señalado ha de influir en la solución de los muchos graves problemas que abarca esa ciencia pedagógica que hoy solo fragmentariamente existe; pero yo, en el angustioso término en que debo acabar mi discurso, solo puedo ya referirme, con suma brevedad, á dos de esos asuntos que la pedagogía inspirada en la idea pura del saber, tiene que mirar y tratar de modo muy diferente del que aconseja el utilitarismo. De todos los problemas pedagógicos de la actualidad, son acaso los más interesantes, los que

más preocupan la opinión y los demás trascendencia, en cuanto depende de la indicada diversidad de criterio, el problema de la enseñanza clásica y el problema de la enseñanza religiosa, de la enseñanza religiosa como fundamento racional y *estético* (en el riguroso sentido de la palabra) de la moralidad de la educación intelectual. Estas dos cuestiones, diferentes por su objeto, nos ofrecen la unidad de relación á la materia que he tratado en general hasta ahora. El mantenimiento, y reforma necesaria, de la enseñanza clásica responde al criterio pedagógico no utilitario, de idealidad histórica; como la destrucción, que así puede llamarse, de las disciplinas griega y latina, que piden muchos, responde á una lógica consecuencia del utilitarismo en la enseñanza..

IV.

La flor del clasicismo es, sin duda, el helenismo: pues la obra y el espíritu de los romanos, por lo que á *humanidades* se refiere, no es sino un remedo más ó menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Hasta en el derecho, cuando este va siendo menos original y más *humano*, influye, en lo esencial, el espíritu griego: y si para el arqueólogo jurídico importa hoy más el derecho de piedra, el derecho estricto de las *XII Tablas*, que el derecho que preparó la última transformación, la justiniana; para la vida social, para la universalización del derecho romano, importa más la última etapa de aquella gran vocación jurídica, la reflexiva, la influida en parte por el pensamiento griego. Sí; en todo lo que toca á *humanidades*, el helenismo es la flor del clasicismo. Y ¿qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor, pretendería figurarlo en un cuadro que reprodujera un diálogo de Platón en que Sócrates discurre apaciblemente, rodeado de sus amigos, á orillas de un río famoso, no por su cauce, sino por las ideas y la poesía del país por donde corre. Mientras las aguas risueñas se deslizan murmurando, Sócrates deja correr la vida, meditando desinteresadamente acerca de la naturaleza divina de las ideas; asunto de valor universal, que á todos los hombres importa y que no interesa particularmente á ninguno.

Preguntar, dice M. Egger, si el helenismo sigue siendo y será siempre un objeto útil de estudio, si debe conservar su papel en nuestra educación clásica, es preguntar si queremos algún día renegar de nuestra historia y de las tradiciones comunes á todos los europeos civilizados; borrar el recuerdo de todo lo que Grecia ha hecho por nosotros, directamente ó por conducto de Roma. Semejante cuestión, ¿no está resuelta en cuanto está planteada?

No, contesta el utilitarismo por todas partes; mientras que los más sesudos y expertos pedagogos de todos los países cultos, contestan: sí, en una y otra nación europea. Votos como el de Renan, como el de Egger, como el de Boissier, como el de tantos y tantos sabios criados en el estudio serio y profundo del clasicismo, no deben contarse, según M. Frary. ¿Qué han de decir los que viven del jugo de la historia clásica? Dejemos, pues, á los literatos y á los filólogos. Vamos á los hombres de Estado, á los sociólogos, á los pedagogos.

Rollin, el venerable autor del *Traité des études*, obra que hoy, después de tantos años, cita uno y otro escritor de pedagogía, Rollin demuestra con viva elocuencia el influjo moral de los clásicos en la educación y en la enseñanza; y hablando para su siglo, parece que habla para el nuestro, cuando dice: «El gusto de la verdadera gloria y de la verdadera grandeza se pierde de día en día y más cada vez. Hombres nuevos, embriagados con su propia fortuna, nos acostumbran á no admirar ni estimar nada más que sus enormes riquezas, á mirar la pobreza y hasta la mediana posición como una vergüenza insoportable»... Rollin aplica el contraveneno de la sencillez y sobriedad de que dan ejemplos los grandes hombres del clasicismo, á esa corrupción que, hoy más que en su tiempo, es la principal laceria de las sociedades adelantadas.

Michelet, el ilustre historiador artista, recordando sus estudios de la Universidad, *nobles estudios*, exclama: «¡Griego, latín, palabras, palabras! ¿Para qué sirve esto? ¿Para qué? Ya lo veis. El talento (*l'esprit*) sostiene el carácter. Estas lenguas son mucho más que lenguas: son los monumentos en que aquellas sociedades han puesto su alma en lo que tiene de más noble, de más moralizador. El que vive de eso queda ennoblecido. ¡Palabras, sonidos, el vacío! No, realidades. Estas lenguas son almas, cada una es la personalidad de un pueblo. El griego es el Agora, y todo el movimiento de aquellas ciudades se aprende en su lenguaje. El latín es el *atrium* patricio donde el jurisconsulto da sus *responsa* á los clientes.»

Vengamos á lo más reciente, y como preliminar é *ilustración* para examinar después, en general, y por propia reflexión la materia, comenzaré por decir algo de lo que caracteriza en cierto modo la discusión de los estudios clásicos y su situación actual en algunas de las naciones más importantes, desde este punto de vista.

Nada quiero decir, por ejemplo, de los Estados-Unidos; para mi objeto, no importa detenerse en lo que sea la enseñanza clásica en aquella gran nación, que aunque llevara diferente rumbo del que á nosotros puede con.

venirnos, pudiera tener motivos especiales, como tiene especial carácter y diferente destino. Y sin embargo, sabido es que en el trabajo de reflexiva y laboriosa asimilación de la cultura europea clásica, la instrucción pública de la poderosa República, tan floreciente y *rica* en todo lo que depende de las atenciones que la nación pueda prestarle, no deja de cuidar los estudios *estéticos, retóricos, de humanidades*, con particular esmero, como prueban los programas de la enseñanza, los cuadros de asignaturas, los catálogos de libros de texto, etc., etc.

En un libro interesante y útil que acaba de publicarse con el título de *La enseñanza en tres continentes*, su autor, Gatton Grasby, dice hablando de la importancia que en los Estados-Unidos se da al estudio del lenguaje en las escuelas, que tales lecciones «son el suplemento de todas las demás, y probablemente el fundamento de la facultad de fácil expresión y corrección en el discurso que se nota entre las masas del pueblo americano».

¿Nada dice esto en pro de la enseñanza no utilitaria? Sí; primero, porque esa atención esmerada á la producción correcta, *bella*, del lenguaje, aun en el pueblo, es una manifestación del perseguido *esteticismo*; y, sin embargo, se ve que es el pueblo rico y positivo por excelencia, quien se toma ese trabajo por la *retórica*. Pero hay más; para que la enseñanza popular pueda tener los caracteres y cualidades capaces de producir tales resultados, es necesario que el profesorado popular esté influido por el clasicismo; y así como M. Bréal pide con razón que los profesores de las escuelas normales sean miembros de la Facultad de Letras, tengan estudios superiores, se puede decir, en general, que para que llegue á la enseñanza primaria ese benéfico reflejo de las buenas disciplinas, de las humanidades, necesario es que se conserve en los grados superiores de la instrucción el espíritu clásico, la tradición que hace posibles esos buenos frutos.

El célebre redactor de la *Gaceta de Moscou*, el ilustre Katkof, cuya opinión tanto pesaba en el gobierno de Rusia, era, como todos saben, el amante por excelencia del espíritu eslavo, el defensor de la Rusia tradicional y de sus grandes destinos; y entre los medios, no todos liberales, con que contaba para sostener el poder de los czares, unido, según él y según la mayor parte de los rusos, á la prosperidad del imperio; entre las armas morales que esperaba que le diesen la grandeza futura de su pueblo, estaba el mantenimiento y auge de la enseñanza clásica. Ayudábale en esta campaña, sostenida en la *Gaceta de Moscou*, Leontief; pero muerto Katkof, sus contrarios, que eran en esta cuestión casi toda la prensa y casi toda la Universidad, renova-

ron los ataques al clasicismo, y en el Consejo del Emperador, á pesar de los esfuerzos del ministro actual de Instrucción pública, Delianof, defensor ardiente del antiguo sistema, la mayoría de los votos fué para la causa utilitaria, grito de guerra contra el clasicismo. Pero así como Guillermo II, el emperador de Alemania, en recientes y famosas alocuciones condenaba el clasicismo y el predominio de su estudio, con frases y formas que yo no he de juzgar en una solemnidad oficial como esta; Alejandro II, el czar de todas las Rusias, siguiendo opuesto camino, acaba de decidir, contra la mayoría de su propio Consejo, el famoso pleito de la instrucción clásica, dando la razón al difunto Katkof y decretando el mantenimiento del sistema actual de enseñanza. Durante la discusión de tal litigio, algunos amigos del célebre publicista reunieron sus escritos acerca de la cuestión, y no ha mucho los publicaron con el título de *Nuestra reforma de la enseñanza*. De un examen que de parte de esta obra publica la *Nouvelle Revue* del 15 de Julio último, haré un ligero extracto, á mi manera, para aprovechar de tal enseñanza lo que me parezca oportuno.

Dice el publicista ruso, que un corresponsal le pide que le convenza de las ventajas del clasicismo con argumento más poderoso, más íntimo que el ejemplo de los países más civilizados. Y con gran profundidad y discreción, Katkof contesta que ni un artículo de periódico, ni siquiera un libro, bastan para crear una convicción interior plenamente razonada; para convencerse de esas ventajas de la enseñanza clásica hace falta la *experiencia viva*, ó por lo menos, el estudio serio y atento de todos los datos del problema pedagógico. La mayor parte de los que afirman, y están dispuestos á jurar, que la tierra gira alrededor del sol, no serían capaces de demostrar la verdad de lo que afirman y jurarían.

Para Katkof es un argumento poderoso el ejemplo de las naciones europeas más adelantadas; si nosotros, viene á decir, humildemente las imitamos, en todo lo que se refiere á la cultura; si reconocemos la superioridad de estos maestros que libremente escogemos, ¿por qué no hemos de creer que, si la educación clásica llevó á esos pueblos al estado envidiable que nos proponemos por modelo, la educación clásica nos llevará á nosotros á la perfección que buscamos?

Este raciocinio del ilustre escritor ruso tiene mucha fuerza en cualquier parte. Los pueblos más adelantados, los que figuran á la cabeza de la civilización, no son otros que aquellos donde las disciplinas del clasicismo se cultivan con más atención y esmero. Alemania, Inglaterra, Francia, cada una en su respectivo, han sido hasta ahora las naciones más fieles á las humanidades: mientras en nuestra Es-

paña, por ejemplo, olvidando una gloriosa tradición, los estudios de este orden, como todos, andan por el suelo; porque no cabe negar que la decadencia española donde más se nota, donde más dolorosa aparece, es en cuanto se refiere á la actividad intelectual, sobre todo en la instrucción pública; digo que mientras esto se observa en España, donde hay literatos distinguidos que tienen á gala no saber griego ni latín; en Francia, en Inglaterra, aún en Italia, en Alemania sobre todo, el siglo XIX ofrece el hermoso espectáculo de una especie de segundo renacimiento de las materias de filología clásica, aunque en estas últimas décadas vuelve á sentirse cierta decadencia, y sobre todo lucha general contra esa inclinación. ¿No tendrá ninguna relación este cultivo esmerado de las letras clásicas con la prosperidad de la vida intelectual, de las letras y las artes en esas naciones privilegiadas? Sin duda alguna. Casi todos los grandes hombres de esas naciones, aquellos, quiero decir, que lo son en las esferas de uno y otro género de *artes liberales*, casi todos han tenido por incentivo de su vocación y por auxilio en sus adelantos una sólida instrucción basada en las humanidades. De otro modo cabe presentar nuestro argumento. Por lo menos, el clasicismo puede ofrecer como fruto suyo todas las grandezas de nuestra civilización moderna en la esfera intelectual. Que el clasicismo puede dar buenos resultados, nos lo dice la historia, pues la flor de la cultura europea de él nació. ¿Qué pléyades de ilustres escritores, de estadistas, de filósofos, de artistas, puede ofrecernos el sistema utilitario, *romancista*, enemigo de la tradición griega y latina? ¿Dónde están los grandes filósofos que no pueden ni quieren entender á Platón y Aristóteles? ¿Dónde los grandes jurisconsultos educados á lo Frary, es decir, que hayan podido prescindir, por ignorancia voluntaria, del Derecho romano y su insustituible lenguaje? ¿Dónde están los grandes artistas de la palabra, poetas, oradores, críticos, historiadores, etc., que hayan prescindido de Homero, de Virgilio, de Tucídides, de Demóstenes, de Cicerón, etc., etc.? La prueba está por hacer, y por lo menos há lugar á la desconfianza.

.....
El escritor ruso va pasando revista á varios *sucedáneos* de las humanidades para el fin indicado, y demuestra las deficiencias de todos. Y como Katkof, la mayor parte de los tratadistas han visto lo mismo; y hasta los *enemigos* en este punto suelen confesar su debilidad, ó la dejan ver sin confesarla.

Las ciencias llamadas exactas (con inexactitud, pues se emplea el epíteto con sentido antonomástico, y hasta mejor pudiera decirse exclusivo, y no hay ciencia, verdadera ciencia, que sea menos exacta que otra, porque en lo que no es exacta no es ciencia) se han tenido,

por mucho tiempo, por más fecundas de lo que son para el cultivo del espíritu. Desarrollan, es cierto, algunas funciones intelectuales, pero su carácter formal las condena á una especialidad infecunda, desde el punto de vista educativo; y aun prescindiendo del ilusorio orgullo que suelen engendrar en los que exclusivamente las cultivan, vienen á ser como una gimnástica parcial, desproporcionada, que perjudica al conjunto del organismo. Las matemáticas son tan necesarias en una buena educación intelectual como insuficientes para lograr el fin de la *concentración*, el desenvolvimiento armónico de todas las facultades intelectuales y la reunión paulatina de un caudal de observación y conocimientos sustanciales, de carácter no abstracto, sino orgánico, humano. Lo que reconoce Katkof en este punto lo reconocen Bréal, Gabelli, Lavissee, Guérin, todos, y lo que importa más, lo demuestra la experiencia.

En efecto, en todas partes se ha notado que allí donde se ha dividido la enseñanza y se ha dejado á unos alumnos abandonar los estudios clásicos y á otros seguirlos con seriedad y constancia, se ha repetido el fenómeno de la superioridad demostrada por los humanistas, no solo en general, sino hasta para los estudios superiores especiales, ajenos ya al clasicismo, que unos y otros cursaban juntos. El mismo Frary confiesa, y lo dice hablando contra el expediente de la *bifurcación*, que cuando los estudiantes se separan y unos continúan los estudios clásicos y los otros los que preparan á una especialidad, los puestos primeros, los de los más adelantados son, naturalmente, para los *humanistas*, y la enseñanza *utilitaria*, especial, queda como humillada y con la seguridad de poseer los elementos de menos aptitudes. Confirma esto, respecto de Inglaterra, M. Texte, citando á Mr. Fitch, quien, en su obra muy notable titulada *Lecciones sobre la enseñanza* nos enseña que los que siguen los estudios clásicos consideran á los *modernos* como inferiores, desde el punto de vista intelectual, y aun socialmente, y miran la escuela de los que prescinden de las humanidades, estudiadas detenidamente, como un *locus pœnitentiæ*. Así como nosotros tenemos una frase gráfica para distinguir al clérigo que no estudia teología, y le llamamos cura de *misa y olla*, los ingleses designan con las palabras *coaching*, *craming*, la plaga de la preparación urgente, precipitada, incompleta, en que se atiende no al estudio en sí, sino al resultado, á los exámenes.....

Hay más; se ha notado también en Inglaterra, que los estudiantes que se libran de los clásicos y estudian francés con mayor detenimiento, consagrándole mucho más tiempo que los humanistas... acaban sabiendo menos francés que los buenos latinistas. El fenómeno, repito, es general. Respecto de Francia

nos da testimonio de él Boissier, quien asegura, con datos, que en la Escuela politécnica de París los estudiantes que han cursado las humanidades acaban por vencer á los demás, por superarlos en el estudio de las especialidades ajenas al clasicismo. Gabelli, en el libro varias veces citado, para concluir con igual observación, respecto de Italia, cita el testimonio de dos sabios que dirigen los estudios de ciertas escuelas de aplicación, análogas á la politécnica; en efecto, Cremona y Brioschi declaran que los alumnos que vienen de los liceos (donde estudian humanidades) (1), si al principio permanecen inferiores á los de los institutos técnicos, los aventajan después en los años sucesivos. Y es por esto, porque, como decía Villari (citado por Franchetti) hablando al Parlamento, el estudio de los clásicos, cuando es como debe ser, no forma solo literatos, sino el hombre entero.

Hay que distinguir, por consiguiente, entre la necesidad de conservar estos estudios y la obstinación de conservarlos sin reformas, ni en el fin, ni en los medios. Esto último es absurdo; y si se continúa pretendiendo hacer de toda la juventud máquinas de saber escribir correctamente y con elegancia el latín más clásico en prosa y en verso, lo que se conseguirá será apresurar la decadencia, dar armas á los enemigos del clasicismo, y hacer que se vayan pasando á su campo los mismos que reconocen la necesidad de mantener los estudios clásicos.

Sí, el clasicismo es, y será no se sabe hasta cuándo, un factor importantísimo de nuestra cultura, pero según las épocas, así varía el modo de influir este elemento. Para la Edad Media, por ejemplo, el latín continúa siendo un medio útil, y como observa Bréal en el artículo poco há citado, lo que importaba entonces á la cultura era un instrumento general, universal de comunicación, y además fuentes para el estudio de toda disciplina; el latín era un modo de entenderse, y los clásicos griegos y latinos fuentes de *información*, de conocimientos positivos. Los antiguos escritores, dice el célebre profesor francés, no eran para la Edad Media meros modelos de estilo; lo que les interesaba á ellos era el contenido, así que no se leía solo á los autores clásicos, de pura latinidad, sino á los más recientes; no se estudiaba solo á Cicerón, Tito Livio, Séneca, Virgilio, Lucano; se estudiaba con más afán á Orosio, Valerio Máximo, San Isidoro, Boecio, los padres de la Iglesia y particularmente las traducciones de Aristóteles. A más de esto, el latín que se empleaba era incorrecto, bárbaro, pero era cosa viva y se

(1) Uso aquí varias veces la palabra *humanidades* en sentido lato, abarcando también la gramática latina y griega.

hablaba así para entenderse. Hoy no podemos ya proseguir, con los jesuitas, en el culto entusiástico del renacimiento, empeñarnos en remedar el latín clásico, en ser mosaicos semovientes de Cicerón, Virgilio, etc., etcétera. Por esto hace falta una sabia economía en el modo de entender el objeto de las humanidades y, por consecuencia, en el modo de estudiarlas; en este punto yo creo que M. Guérin acierta cuando propone que se cultiven las lenguas clásicas, no con el propósito de hablarlas y escribirlas, sino con el de comprender bien á los autores griegos y latinos.

M. Bréal se inclina á esta opinión, y, por lo menos, declara absurdo el sistema de los temas y de la composición mecánica y de los versos latinos obligados. En este punto yo me separo del parecer de Guyau, que recomienda la *confección* (así puede llamarse) de piezas métricas, en las clases de segunda enseñanza. Yo creo que la cantidad indispensable de idealidad poética, que todos necesitamos, se puede conseguir sin alimentar el feo vicio de hacer versos no siendo poeta. Es claro que no se trata aquí de una medida de carácter absoluto; mas, por lo general, no puede convenir que se acostumbren los estudiantes que han de vivir en prosa toda su vida, como M. Jourdain, á considerarse capaces de ser poetas en una lengua muerta.

Por lo común, ni en verso ni en prosa se debe pretender que sepa escribir y hablar la juventud entera de un país una lengua muerta. Un gran filólogo, un gran conocedor de un idioma clásico y de su literatura, no necesita en nuestros tiempos aspirar á escribir en lengua que no sea la propia. Autores insignes hay que declaran no haber escrito nunca en griego ni en latín, y son, sin embargo, maestros en esas lenguas y literaturas. En otros tiempos, siendo el latín lenguaje universal literario, era otra cosa. Hoy debemos, en este respecto de escribir en lenguas extrañas, que no son la de la cuna, seguir el ejemplo del ruso Turguenef, que no quiso jamás emplear el francés en sus novelas, á pesar de haber llegado á ser un parisién como otro cualquiera. El latín y el griego deben estudiarse racionalmente, no por máquina, y para traducir á los clásicos y penetrar la vida de Grecia y Roma, por lo tanto, deben estudiarse, dice Bréal: filosófica é históricamente.

V.

Trata el párrafo V del discurso, de la enseñanza religiosa, cuya subsistencia en las escuelas, aunque con un carácter ideal y elevado «ajeno á las pretensiones injustas de las sectas», defiende vivamente el Sr. Alas. De sentir es que el autor no haya podido dar mayor amplitud á este punto de tan grave inte-

rés, explicando más sus ideas y desarrollando el contenido de sus manifestaciones. Consuélanos de esta deficiencia, la esperanza de que el Sr. Alas cumpla su promesa de desarrollar «en otra ocasión más holgada, lo que ahora no hace sino anunciar y dejar mostrado».

Prescindiendo de estos breves párrafos, añadiremos para terminar los dos siguientes, con que también concluye el discurso.

Volver los ojos á la juventud, cuidar de su educación, es un consuelo y una esperanza, sobre todo en esta España que tuvo días de gloria y de fuerza universalmente reconocidas, y que hoy, angustiada por la idea de su propia decadencia, se entrega al marasmo y acaso al pesimismo. No, no desesperemos; los pueblos no deben creerse viejos; no deben contar sus años, aunque deben amar su historia; no está probado que no sea posible una resurrección: mas, para que la triste realidad no haga absurda toda ilusión halagüeña, miremos al porvenir, trabajemos, mediante una educación racional, sistemática, que sea en nosotros un constante sacrificio, una virtud; trabajemos en la dirección de las generaciones nuevas, ya que no sea posible encontrar manera de hacer mejores á los hombres que hoy tienen la responsabilidad de la suerte de la patria. Cuando un incendio devora nuestra hacienda, un campo, una casa, si advertimos que es imposible librar de las llamas cierta parte de nuestros bienes, acudimos, abandonándola, á salvar lo más lejano, aislando el fuego, cortando el paso á la hoguera: espíritus nobles y fuertes, desesperados por lo que toca al destino de su generación, en vez de entregarse á vanas declamaciones, trabajan por acortar el paso á la corrupción y decadencia presentes, y atienden á la juventud para salvarla del contagio; para crearle nuevas y más sanas condiciones de vida. Imitemos á estos dignos maestros.

Recordando las grandezas de la España que fué, trabajemos por las posibles grandezas de la España del porvenir. Observa un publicista ruso, que desde los tiempos de Pedro el Grande y de Catalina, el imperio moscovita se preparó, como en profecía, para dar digno albergue á las grandezas futuras, construyendo soberbios monumentos, proporcionados á los esplendores de la gran prosperidad que, según su fe patriótica, aguardaba á Rusia. Pues nosotros, que no necesitamos soñar, sino recordar, para que surjan grandezas y esplendores de España, construyamos, no Escoriales, Alcázares y Basílicas, que ya tenemos, sino el edificio espiritual de la futura España regenerada, resucitada, mediante una educación y una enseñanza inspiradas en el ideal más alto, pero llenas de la vida moderna. Tamaño trabajo, arduo sin duda, es para nosotros de pura abnegación; los que á él se consagren no

esperen recompensas exteriores, halagos del mundo y de la vanagloria; no esperen tampoco vivir para el tiempo en que den fruto sus esfuerzos de ahora. Tengamos caridad, vivamos y trabajemos para el porvenir que no hemos de ver, y seamos como aquellos ancianos de que nos habla Cicerón en su tratado *De Senectute*:... «*Sed iidem in eis elaborant, quae sciunt nihil ad se omnino pertinere.*»

ENCICLOPEDIA.

EL LENGUAJE,

por Sanz del Río (1).

I.—EL LENGUAJE, EN SÍ MISMO.

1. Razón general de orden y método.

1. El espíritu habla interiormente consigo en la conciencia: y, mediante su cuerpo, en señales sensibles de *tono, figura, gesto*, habla con otros espíritus y comunica con ellos, recibiendo y dando pensamientos, sentimientos, voluntades recíprocas, para la educación común de la vida. Sin el lenguaje, el espíritu sería mudo (aun en parte para sí mismo), incomunicable é ineducable. Siendo, pues, el lenguaje, natural á la vida del alma, motiva su estudio una sección principal de la Psicología.

2. El lenguaje expresa en relación, interior ó exterior, toda la vida del espíritu en pensamiento, sentimiento, voluntad: en todas sus manifestaciones; no solo una parte de ella. Es la *voz y mediador* del espíritu consigo, del espíritu con el cuerpo, y mediante el cuerpo con los demás seres y hombres. Por esto, el capítulo del lenguaje debe ser el último de la Psicología, en el límite entre la Psicología y la Fisiología y las demás ciencias, las cuales todas suponen el espíritu, no *escondido*, sino *manifestado*; el espíritu *hablando y comunicándose*.

3. La Psicología considera el lenguaje en su generación, naturaleza y leyes generales, no en sus determinaciones y modos interiores, en partes de oración, en concordancia, construcción y demás, cuyos capítulos todos suponen (además de la Psicología) la Lógica y pertenecen á la Gramática general, en una sección de la Lógica semejante á la actual. Bajo estos límites, considera la Psicología el lenguaje: 1.º, en el mero hecho de tal, estudiando sus elementos, sus condiciones, su generación; 2.º, en sus relaciones con la vida total del espíritu.

4. Para el método, se observa que el len-

(1) Publicamos hoy estas dos lecciones inéditas de la «Psicología elemental» del insigne filósofo.—N. de la R.

guaje es á manera de un ejemplo adecuado y continuo de la doctrina de la Psicología, siendo la palabra la expresión viva y fiel del pensamiento. Conviene utilizar esta íntima relación, para confirmar y explicar la Psicología por el lenguaje, y recíprocamente.

II. Tema y sumario doctrinal.

I. Derivación etimológica y sentido usual de las palabras: *lengua, lenguaje, habla, idioma, palabra.*

Lengua.—En sentido idealizado de su significación material (el órgano del cuerpo así llamado), significa la totalidad de significación de la vida del espíritu mediante tonos articulados, figuras, gestos. La idealización de esta palabra es evidente en frases como «se hizo *lenguas* de tí»; «tomar *lenguas* de tal lugar», etc.

Habla (For, fari).—Poco usado ya en sentido colectivo, es la facultad y acción de significar el pensamiento en la palabra («perdió el habla»).

Idioma.—Tiene un sentido más interior é ideal: el de que el lenguaje expresa el peculiar é individual modo de pensar, sentir, querer, de un hombre ó pueblo.

Palabra.—Sentido particular del sonido articulado que expresa en forma lógica y gramatical un determinado pensamiento. (Este ejercicio analítico habitúa á reflejar sobre el lenguaje, y mediante esto sobre el pensamiento, y despierta la atención hacia la materia de esta sección).

2. Elementos del lenguaje.

Entendemos el lenguaje en la Psicología como un compuesto ordenado de palabras que significan nuestros pensamientos, sentimientos, voluntades: todo nuestro interior, *en cuanto es pensado* (no hablamos del lenguaje musical, que expresa nuestro interior *como sentido*, ni de la manifestación orgánica, vaga, de estados del cuerpo en las expresiones de necesidades físicas, ó de dolor, alegría vehemente y demás).

Se distinguen en el lenguaje tres elementos: 1.º, el signo (el cuerpo del lenguaje); 2.º, lo significado; 3.º, la significación.

A. El cuerpo ó material del lenguaje.

Consta de modulaciones (accidentes) sensibles é individuales, de tono (en el tiempo), de figura (en el espacio) y de movimientos (gesticulación), que expresan estados del espíritu, ya simple, ya compuestamente (palabra en acción música), ya inmediata (figura y escritura simbólica), ya mediatamente (la escritura vulgar, que expresa sonidos, y estos el pensamiento). Estos modos ó modulaciones sensibles (ya articulados, ó figurados, ó acciona-

dos) del cuerpo no aparecen en tal determinación por solo la acción orgánica del mismo, sino bajo la influencia de la fantasía, que guía, aun sin advertirlo nosotros, la modulación de la voz, ó la descripción de la figura, ó el movimiento de la acción. Estas modulaciones sensibles del cuerpo en los órganos de la voz no tienen su principio y fin y razón de ser en sí propios (como una bella estatua ó bella música), sino en significar otra cosa y para otra cosa que ellos mismos; son, como *palabra*, enteramente relativos, un *puro medio*. La palabra es, en su puro y material sonido, un accidente pasajero, sin motivo inmediato ni constante en necesidades orgánicas del cuerpo; solo tiene su valor, como palabra, en ser el mediador relativo entre los interlocutores, del que la emite al que la oye. (Explíquese esta propiedad con reflexiones prácticas.)

En las modulaciones sensibles que forman el cuerpo del lenguaje, se distinguen estos elementos:

a) En el sonido articulado se distinguen: 1.º el *tono* y 2.º la *articulación*. 1.º El *tono*, ó elemento musical, es la cantidad de voz en grado de *alto* ó *bajo*, en *medida* de tiempo (ritmo, armonía), en *acento* ó expresión del ánimo. 2.º La *articulación*, ó elemento lógico, (intelectual) es el modo de limitación de la voz en los órganos del lenguaje, y encierra dos partes: la voz pura ó *vocal* limitada, y el límite ó *consonante*; de cuya combinación resulta la *silaba*, ó radical del lenguaje. La *vocal* (emisión sonora del aire desde el pecho á la boca) se modifica según la postura del pecho en la emisión de la voz; y esto, no sin relación natural, aunque vaga todavía (pero no arbitraria), con el estado del ánimo que se manifiesta en ella. Así, de las vocales extremas y entre sí opuestas, la *u* tiende á significar estados anímicos extremos de *admiración*, *espanto*, *temor*, *opresión*, etc.; la *i* tiende á expresar *vehemencia*, *esfuerzo*, *resistencia*, *oposición* de nosotros á otra cosa; la *a* parece significar *serenidad*, *igualdad*, *armonía*; la vocal media *o* (entre *u* y *a*), remisión gradual de fuerza, movimiento regresivo. (Ejemplos de estos sentidos naturales y generales, en interjecciones, y en algunas palabras, cuya significación se caracteriza notablemente por vocales iniciales y finales (*orondo*, *altura*, *izar*.)

La *consonante* consiste en la limitación de la voz (vocal), al salir del pecho á la boca, por las varias articulaciones de ésta: las *guturales*, las *dentales*, las *labiales* y las *compuestas*. Tienen también las consonantes sentidos radicales naturales, aunque indeterminados, pero no por esto inapreciables. Así, la consonante *k* tiende á significar *fuerza sostenida*, *causa fuerte*, *sentimiento*; la *g*, compresión gradual de dentro á fuera y alrededor; *s*, división, separación; *m*, interioridad,

unión; *n*, negación, límite, dolor: *b*, limitación, compresión de fuera á dentro. (Algunos ejemplos de palabras, en que influye el sentido natural de la consonante.)

b) En el lenguaje figurado ó simbólico (el escrito vulgar, el lenguaje mediato), se distinguen estos elementos: la *extensión* y la *dirección*, que, combinadas, forman las *figuras* con una significación radical elemental, á semejanza del sonido articulado, aunque vaga. Así, en las figuras escritas, la *línea recta* significa movimiento igual del pensamiento; la *ondulante* ó *quebrada*, movimientos análogos á la figura; la *espiral*, educción y producción; la *circular*, unidad total; y así en adelante.

c) El lenguaje articulado es el más inmediato, movable é individual de todos. Así, según el pensamiento actual del hombre, si es vivo, observamos en él movimientos expresivos con ojos, dedos, cabeza, ya ascendentes, ya circulares, ya descendentes.

El lenguaje figurado y el gesticulado no nos ocupan aquí principalmente.

El cuerpo del lenguaje es, pues, un fenómeno, no puramente *exterior* y convencional, sino también, y á la vez, *interior*. De donde se sigue que los signos del lenguaje no sufren una combinación absolutamente arbitraria, convencional (como los signos de pura invención algébricos ó matemáticos), sino bajo la relación natural que tienen con la fantasía y el espíritu, cuya expresión inmediata son, y por el cual, son radical y generalmente determinados, recibiendo de su analogía con el estado del alma en la fantasía, un sentido primitivo, que aunque general es superior á arbitraria convención y combinación.

B. Relación entre lo significado y lo significante: la significación.

a) Lo *significado* y *significable* en el lenguaje es el espíritu en su vida entera, de pensamiento, de sentimiento, de voluntad; en todos sus estados y actos, en cuanto se sujetan á concepto y pensamiento. El sentimiento y la voluntad se significan inmediata, aunque menos determinadamente, en la *música*, en las interjecciones, en las figuras y movimientos del cuerpo. El espíritu en el pensamiento es el elemento determinante de la palabra.

b) Lo *significante* es el elemento posterior y determinado. La lengua sigue en su construcción las leyes, funciones, operaciones del pensamiento; de aquí, hay en el lenguaje un elemento material (nombre, verbo), otro formal (accidentes del nombre y verbo, partículas); de aquí asimismo, la construcción del lenguaje sigue fielmente las operaciones del pensamiento en conceptos (nombres), juicios (proposiciones ú oraciones), ratiocinios (dis-

ursos), como se ve en la Gramática general, dentro de la Lógica.

c) La *significación* convierte en palabra y lenguaje las modulaciones de la voz, figura, movimiento, ó gesto; sin aquella, son estas meros accidentes sensibles, sin sentido ni valor: toda la fuerza del lenguaje está en la significación, en la relación de ser signo del espíritu y su vida para este mismo, ó para otro. En el íntimo comercio de espíritu y cuerpo, y en la analogía natural entre ambos, hay una significación natural radical, en la que el espíritu, vivamente ocupado ó afectado prorrumpe en voces, figuras, movimientos, expresiones de su estado; y á la inversa, ciertas sílabas, figuras y gestos despiertan involuntariamente en nosotros la idea de pensamientos análogos en quien las oímos ó vemos. La significación natural simple es una base de la significación compuesta, reflexiva, progresiva, de las lenguas históricas. La significación inteligible de una lengua supone en el que la oye: 1.º, el conocimiento del cuerpo ó *materia* de la lengua, de los sonidos articulados asimilados en su fantasía; 2.º, el conocimiento de las ideas que la lengua expresa (el inculto no recibe de una lengua culta, aun la suya propia, sino sonidos poco ó apenas significativos); 3.º, el conocimiento de la correspondencia de los signos con lo significado. La significación se funda dentro del espíritu: 1.º, en la unidad y continuidad del espíritu y su vida, donde cada facultad y actividad y estado se continúa y enlaza y asocia con los demás y con el todo, dejando en todos huella y señal (signo) de cada uno; así, involuntariamente, cada pensamiento, sentimiento, voluntad, por poco vivos que sean, son acompañados de cierto estado general en todos, y de determinaciones en la fantasía, que se traducen luego exteriormente en señales, gestos, lenguaje; 2.º, en la analogía ó semejanza consiguiente del espíritu consigo mismo y con todos sus actos, y de estos entre sí; donde cada uno, además de significarse á sí propio, puede significar á los demás (ejemplos en las figuras y movimientos); 3.º, en la memoria y sus leyes, según las cuales, lo análogo recuerda su análogo, y lo conjunto y asociado se atraen uno á otro en la unidad ó presencia del espíritu sobre todos sus estados y actos.—La significación natural del lenguaje es desarrollada voluntaria y reflexivamente por el espíritu, que sujeta el lenguaje mismo á un proceso y cultura lógica proporcionada á todos los fines intelectuales y al progreso de estos.

II.—RELACIONES DEL LENGUAJE CON EL ESPÍRITU TODO Y SU VIDA.

I. Razón de orden.

De lo dicho en la lección anterior resultan las relaciones siguientes del lenguaje con el espíritu.

II. Tema y sumario doctrinal.

1.º El lenguaje es *parte y acto interior* de la vida del espíritu, subordinado á ella, regido y perfeccionado por ella y, según la vida del espíritu, individualizable de estado en estado, é individualizado en cada pueblo y hombre, como todas las propiedades de cuerpo y espíritu. Una lengua universal es verdadera, y hoy real, en la forma y leyes del lenguaje y en los sentidos primarios y generalísimos de las radicales; pero es anti-natural é irrealizable, permanentemente, en una determinada lengua positiva histórica; la cual es, por ley natural, superior á voluntad ó decreto humano, y tan individual y varia como son los caracteres y el semblante y todo el modo de ser de cada hombre ó pueblo.

2.º La primera y original lengua es la del espíritu consigo propio; la lengua derivada y reflejo de aquella es el lenguaje y palabra en el comercio humano.

3.º La lengua es, en parte, *natural, inconscia*; en parte, *conscia, reflexiva, artística*; en parte, *simple*; en parte *refleja* sobre sí misma, como el espíritu lo es en todas sus facultades, funciones y operaciones.

4.º La lengua nace y adelanta mediante el espíritu en el cultivo y progreso de sus facultades y sus ideas; no al contrario, si no es secundaria y auxiliariamente.

El espíritu piensa y siente mucho más que lo que la lengua expresa. Pero la lengua fija el pensamiento, lo determina sensiblemente y lo verifica; y las lenguas formadas por el pensamiento de muchas generaciones encierran más pensamientos de los que el individuo posee y puede adquirir por sí solo; y los despiertan más fácilmente en cada uno de lo que pudiera hacerlo el trabajo propio. De este modo, la lengua ayuda al espíritu también, aunque este es en sus leyes el regulador y director de aquella. La material importación de palabras extrañas, cuando no poseemos claro y vivo el concepto que expresamos, ó no son asimiladas artísticamente á las propias, según las leyes naturales de la derivación y composición, es retroceso y corrupción, no progreso, en una lengua.

TEORÍA DE LA OPINIÓN PÚBLICA,

por Carlos D. A. Röder (1),

Profesor honorario que fué de la Institución.

Cuanto más se aproxima el organismo del Estado jurídico á la edad de madurez, tanto más la *publicidad* de todo lo que concierne

(1) V. sus *Principios de Política del Derecho (Grundzüge der Politik des Rechts)*, §§. 160 y sigs.

á todos es el elemento de su vida y próspera eficacia; tanto más enérgica y creadora se despliega por necesidad á la luz de esa publicidad la voluntad racional común, aunque dentro de los límites del tiempo y del carácter del pueblo, los cuales como que la individualizan, y tanto más inequívoca es su manifestación por medio del *espíritu público* (el espíritu del tiempo y del pueblo) y de la opinión pública. Por esto, dicha opinión, como *resultado* del progreso hasta entonces cumplido por la cultura intelectual y moral del pueblo, indica con certeza el grado de madurez y mayor edad, que en su esfuerzo para lograr el *ideal* racional de la sociedad política (como fuente originaria ó *principio* de toda vida pública) ha alcanzado á la sazón. Se la puede considerar en cierto modo como la razón práctica general, el alma, la conciencia del Estado, que con su muerte degenera, de organismo racional, en simple máquina, la cual, sin la constante fuerza compensadora de la vida, se disuelve en sus factores.

I.

La opinión pública aparece como el producto orgánico y plástico (de ningún modo meramente químico) de la entera y mutua penetración y compensación de las ideas y juicios heterogéneos de los individuos sobre las condiciones del mejor bien común, *hasta donde* estas condiciones tienen que ser realizadas por la libre actividad humana. Tal producto se forma en su mayor parte por la experiencia de la vida de la sociedad, por la naturaleza é historia del pueblo y del territorio (y de consiguiente por un camino rigurosamente histórico), ya con paso más lento, ya más rápido, *involuntaria* é imperceptiblemente, esto es, sin deliberación y votación formal. Merced á su permanente nivelación con la cultura nacional entera, de la cual, al igual de las costumbres, da la imagen más expresiva, es forzosamente el eco más fiel, aunque sin duda más ó menos claro (ora enunciado por medio de una *reflexión* conscia, ora solo por medio de un oscuro *sentimiento* general) de todas las peculiares y características necesidades jurídicas del pueblo. Pues así como ella da á conocer por el *tácito asentimiento*, esto es, de una manera *pasiva*, de la mayoría de los ciudadanos la satisfacción de estas necesidades, dada ya en el orden existente, así también expresa de una manera *activa, positiva*, las exigencias ulteriores para el progreso del derecho en la sociedad; y esto, por órgano de aquellos ciudadanos (1), que resultan entre

(1) Solo por sí mismos, por sus propias opiniones, sentimientos y tendencias, se dejan conducir de buen grado los individuos y las sociedades. Solo la palabra y el hecho de aquellos que hablan y obran en el sentido de todos ó de

sus contemporáneos como de más maduro juicio.

Pero también en este último respecto, que es en el que se suele exclusivamente hablar de ella, puede, como en el primero, valer cual una especie de acuerdo continuo y corriente, que carece de forma sólida, tan pronto de un modo como de otro, y producido por la palabra y el hecho: acuerdo indeterminable de muchos concurrentes sobre los asuntos del ser común. De un modo enteramente análogo se verifica, por ejemplo, el establecimiento de las costumbres, del precio de las cosas, etc. Por lo tanto, también, en cierto modo, expresa el único sentido concebible de un contrato político fundamental y efectivo; y en todo tiempo permanece siendo la mejor estrella de guía y el más firme apoyo; así como la conformidad con ella es siempre la más fidedigna señal exterior y criterio de un Gobierno adecuado á su tiempo y á su pueblo; en suma, como su centro de gravedad moral, que descansa en el modo de pensar y en el sentido de los ciudadanos, centro que nunca ha de perder ese Gobierno, si quiere mantenerse en pie.

II.

Como libre potencia espiritual de la vida, incomprendible en su dinámica eficacia, en naturaleza y esfera, é indeterminable en número, peso y medida, se engendra la opinión sucesivamente, de un modo inconcebible solo para los materialistas políticos, y de igual manera que todas las potencias invisibles en el Estado, como la religión, las costumbres, etc.; y se engendra al mismo compás con que va creciendo la cultura ideal del pueblo, merced á un proceso orgánico necesario y como por sí misma. Manifestándose do quiera en las más varias formas, aun de una manera facticia y desautorizada—por una especie de justa usurpación—hace valer el derecho del voto público, que solo corresponde á la interna vocación de sus órganos como los verdaderos adultos; y compensa siempre tanto más, cuanto menos este derecho natural—enteramente inagotable y nunca en verdad capaz de satisfacerse—ha obtenido la determinación de órganos legales ordenados (v. gr., en una representación nacional), por medio de una actividad que por todos lados completa y mejora, en favor de aquel, toda desproporción de la mayor edad real y positiva. En suma, aparece como un

la mayoría reobran precisamente por lo mismo de un modo considerable sobre la generalidad. Hasta donde ellos son verdaderos órganos ó representantes de la opinión de ésta, como que cesan de ser meros individuos, y, por el manejo de la potente palanca del espíritu de su pueblo y su tiempo, al cual prestan su voz y cuya lengua hablan, alcanzan un invisible señorío sobre los espíritus en el mundo político, como en todas las otras cosas divinas y humanas.

modo y especie de soberanía nacional ó de efectivo self-government de la comunidad, verdaderamente orgánico, no sujeto á ninguna particular forma política (1); antes bien, igualmente esencial para la vida jurídica de todos los Estados, cuando han pasado de su juventud. En otros términos, aparece como la participación más ó menos activa del verdadero núcleo de la nación, de la verdadera clase media (no por la posesión material (2), sino por el patrimonio intelectual) en el gobierno del todo y las partes.

III.

Como resumen y expresión más pura de la inteligencia colectiva, ó sea, de la voluntad ideal y social del Estado, que ha llegado ya adquirir una vida enérgica, y por tanto, temporalmente como la mayor oposición posible y el más incorruptible juez de toda parcialidad y exclusivismo, así como del egoísmo y mala voluntad de individuos y corporaciones, somete la voz general á toda opinión y voluntad resistente de estos elementos, á lo menos en su exterior eficacia para el todo y á la larga de un modo irresistible (3). Enseña á los malvados á buscar su propio provecho, primero, en la apariencia del bien y de la utilidad común, y luego en la realidad de este mismo. Educa gradualmente para formar un espíritu común, al ejercer la más benéfica coacción psíquica en todas direcciones; y así está en disposición de resolver el desacuerdo de las ideas é intereses particulares que luchan entre sí, en la armonía; y las interiores contradicciones en el seno de la sociedad, las reconcilia en el amor, siendo verdaderamente su divinidad protectora y pacífica (*vox populi, vox Dei*).

Igualmente se conduce y relaciona, como verdadera fuerza orgánica del Estado, con todos los factores del proceso de su vida y en especial de su Gobierno; únicamente por su medio se hace posible el constante restablecimiento del equilibrio vital y contrapeso de todas las fuerzas que obran en el Estado, así superiores (espirituales) como inferiores (corporales), y cuya lucha incesante y creciente de otra suer-

(1) Aunque las formas políticas más libres son las más favorables para su desarrollo.

(2) Sin un cierto bienestar, no puede en general haber una clase media en este sentido. Por consiguiente, todo lo que lo aumente favorece de un modo indirecto la formación é intensidad de la opinión pública.

(3) Do quiera, en la aparente colisión de deberes de los individuos entre sí y con el todo, tiene que doblegarse la idea subjetiva de aquellos al juicio formal ó efectivo general (esto es, al juicio del Gobierno ó de la opinión pública) que en la duda tiene en su favor la presunción; siempre, en verdad, solo en cuanto se trata de actos y conducta externa y absteniéndose de atacar aquellos medios jurídicos de seguridad que deben considerarse esenciales á la libre autonomía de la razón.

te acabaría por necesidad con la total opresión de las primeras, y por tanto, en un grosero imperio de la fuerza, fuera de toda ley y á expensas del organismo racional.

No perteneciendo á ninguna de las particulares funciones en que se divide el Gobierno y dominándolas á todas, está la opinión pública en el centro de ellas y las reúne en una proporcionada marcha progresiva por el camino de la ley y mediante la idea; presta á cada una de ellas su poderoso apoyo contra todo peligro de su opresión por el abuso del poder, contra su fin (por sus trasgresiones, extralimitaciones), de todos los demás, sin impedir por esto, contra dicho fin también, el uso y ejercicio fiel á su destino.

IV.

De esta suerte, la opinión pública se halla dirigida y consagrada esencialmente al servicio de la ley jurídica, esto es, solo al bien común, para lo cual, como poder incapaz de sospecha, se ejerce fuera y sobre el más alto poder del Estado. Obra como tal, sin peligro y sin perturbación, sobre su movimiento, mediante la constante, voluntaria y espontánea comunicación de todo cuanto puede merecer atención; y es la más benéfica, omnilateral y perfecta vigilancia y crítica de todos los actos del Gobierno. Constituye de esta manera un mediador necesario, independiente é imparcial, que en cierto modo legisla y juzga entre pueblo y Gobierno, y protege á este último merced al incremento de su fuerza visible, al par contra los consejos del egoísmo y contra sí propio (1). Forma, de un modo que jurídicamente es el único sólido (puro y desinteresado), una *censura*, ó por decirlo así, un *eforado*, una tutela del Estado en segunda potencia, un co-Gobierno invisible. En otros términos; da la garantía indispensable, omni-comprendiva y única que á sí misma se defiende, para el Gobierno más justo posible: garantía del espíritu común jurídico de toda la constitución y administración. Por esto, en comparación con toda garantía meramente formal, es de valor tan inmensamente superior, como lo es todo espíritu con respecto á toda mera forma (aun en la República); solo por su medio alcanzan todas las demás garantías del derecho político, de la libertad pública, completa significación y energía; y la vida, formas y plasticidad vital, condición de su conservación.

(Concluirá.)

(1) El gobernante que desconoce en ella el medio más fiel é inequívoco para conocer la verdad, el mejor criterio de lo que procede adecuadamente al pueblo y tiempo y por esto mismo se toma á sí propio como único juez de sus actos, edifica con presunción su imperio sobre el suelo cavernoso del error y la mentira.

INSTITUCIÓN.

NOTICIA.

Á fin de limitar el trabajo de profesores y alumnos, que venía siendo excesivo en estos últimos tiempos, la Institución ha organizado su horario, en el presente curso, de la manera siguiente.

Por la mañana, continúan las mismas horas (desde las nueve á las doce) subdivididas en tres clases, próximamente de cuarenta y cinco minutos, y dos descansos de quince minutos.—De doce á dos, como antes, almuerzo y juego.—Por la tarde, se ha suprimido la hora de cuatro á cinco.

La sección de los mayores destina la mañana del martes al curso que, sobre Historia de la civilización, da el profesor Sr. Cossío en los museos.

LIBROS RECIBIDOS.

Azcárate (D. Gumersindo de).—*Discurso leído el día 10 de Noviembre de 1891 en el Ateneo Científico y Literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras.*—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1891.—Don. del Ateneo. Dos ejemplares. (2.035).

Institución para la enseñanza de la mujer.—*Memoria del curso de 1890-91 y discurso inaugural del año académico de 1891-92.*—Valencia, F. Vives, 1891.—Don. de la Institución. (2.036).

Flaubert (Gustavo).—*La educación sentimental.*—Trad. de H. Giner de los Ríos.—Madrid, J. Jorro.—Dos tomos.—Don. del traductor. (2.037).

Secall (José).—*Trabajos forestales de la República francesa: Memoria de una excursión verificada por el autor.*—Madrid, G. Hernández, 1891.—Don. del autor. (2.038).

Amicis (E. de).—*Dos dramas de escuela.*—Versión española de H. Giner de los Ríos.—Madrid, Saenz de Jubera, 1891.—Don. del traductor. (2.039).

Simancas y García (Rafael) y Pérez y González (José).—*Los puertos del mundo.*—Valencia, Peidró, 1890.—Don. de los autores. (2.040).

Carle (Giuseppe).—*La vida del derecho en sus relaciones con la vida social.—2.^a y última parte.*—Madrid, El Progreso editorial, 1891.—Don. de los traductores. (2.041).